

LA EXISTENCIA COMO MOVIMIENTO REGENERADOR. UN ASPECTO ESENCIAL DE LA FILOSOFIA DE J. VASCONCELOS

1. EL SER COMO MOVIMIENTO

Uno de los rasgos más característicos del pensar vasconceliano es quizás su visión del ser, del mundo y del hombre, y por consiguiente del filosofar, en términos de movimiento que, como trataremos de mostrar en estas páginas, reviste un significado particular que lo puede distinguir de aquel que encontramos en otros pensadores.

Negándose a caer en el conceptualismo —una modalidad de aquel pensar, criticado por Vasconcelos, que, anclado en la abstracción, empobrece la realidad y nos aleja de ella—, el filósofo mexicano nos dice que el ser es siempre algo concreto, es decir, es aquella realidad primaria, positiva y viviente que se manifiesta indisolublemente en su materia y en su forma, o en una estructura hecha de potencia y forma¹. Esta realidad primaria viviente resulta pues inconcebible sin movimiento; y, en efecto, Vasconcelos afirma en su *Todología* que: «El ser jamás es estático. La suspensión del movimiento trae consigo la muerte. Ha sido un error capital identificar el ser con lo permanente, lo estable»².

En la metafísica vasconceliana —que aparece como una filosofía de la naturaleza—, la entidad originaria de la existencia es la «acción» o el fluido original que, resolviéndose en estructuras y elementos cada vez más complejos, da sucesivamente origen a las partículas elementales, al átomo (materia), a la célula (organismo) y, finalmente, a la conciencia (el hombre). Este fluido original, descrito también como potencia o fuerza creadora o como energía, es el proceso mismo de la existencia desde su forma «latente» hasta su forma «temporal» y hacia su consumación Absoluta. La existencia —noción insondable, el casi Absoluto como dice Vasconcelos— parte del juego de fuerzas en el seno de un ambiente poderoso pero increado y latente, y se lanza, a través de una serie de revoluciones ascendentes y ciclos energéticos, hacia la conquista de un absoluto en donde resurgiría como sustancia incorruptible e intemporal³.

De lo anterior no se debería deducir que la visión del ser según Vasconcelos es la del ser en devenir; lo que hasta aquí hemos presentado

1 José Vasconcelos, 'Filosofía Estética', en *Obras Completas*, tomo IV, (México 1961) pp. 824-25.

2 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 911.

3 Vasconcelos, 'Tratado de Metafísica', en *Obras Completas*, tomo III (México 1959) pp. 430, 437 y 521.

se refiere más bien al ser como devenir, esto es, a una dimensión del ser dentro de la cual se encuentra el hombre en cuanto ser temporal; esta dimensión o región del ser resulta accesible a los sentidos y a la razón; podemos pues palparla y medirla, es decir, conocerla hasta cierto punto. Por medio de las ciencias positivas, por ejemplo, el hombre puede explorar una parte del todo dentro de una determinada dirección, y asumir en ella y frente a ella una determinada actitud —que puede ser de uso o de abuso—. Pero el ser no se reduce al devenir del ser, y no todo el ser resulta accesible a la razón más aún, la parte a la que accedemos por su intermedio no alberga lo esencial del ser.

La existencia o movimiento energético señala una realidad más originaria, que la sostiene y alberga, y que se revela a través de una cierta vivencia de la totalidad como coordinación de irreductibles (armonía) en vistas a una finalidad trascendente. La pregunta por el origen y finalidad, es decir, por el sentido del ser, nos introduce a un mundo invisible, inaccesible por intermedio de la sola razón; así funda Vasconcelos la necesidad de una teoría del conocimiento total o de un saber de la totalidad —cuyos lineamientos generales, que él trató de sintetizar en su *Filosofía Estética* o *Teología*, constituyen la preocupación central a lo largo de toda su obra filosófica—. Su teoría del conocimiento como acción sobre la cual volveremos más adelante, plantea que sólo la más altas visiones de la poesía, la filosofía y la religión nos permiten acceder al ser total y absoluto y que, en última instancia, el único idioma mediante el cual puede el hombre comunicar con lo invisible no es otro que la religión o Revelación y, más particularmente, el Evangelio⁴.

De esta manera, Vasconcelos distingue en el ser trascendente otra modalidad del movimiento. Distinto al movimiento diversificado del devenir (ritmos físicos, vitales, volitivos, etc.), que es el movimiento de lo que no dura o de lo imperfecto en tránsito ascendente hacia su propia transfiguración y transustanciación en lo Absoluto, existe el movimiento de lo que dura y es semejante a sí mismo esto es, del ser absoluto; se trata de un «dinamismo estático que es como el sostén de toda la existencia»⁵; de un movimiento que es al mismo tiempo reposo, pausa infinita y suprema quietud, es decir, de una realidad para nosotros paradójica e inexplicable como totalidad —realidad irreductible que escapa al intento de síntesis conceptual, aun cuando ésta pretenda no ser únicamente conceptual⁶. Como el madero descrito por San Juan de la Cruz en la *Llama de amor viva* o como la zarza ardiente del Antiguo Testamento el movimiento de las creaturas de espíritu participantes de la inmortalidad del Creador, origen de todos los ciclos y surtidor permanente, es un movimiento que «...nunca concluye chisporrotea como fuego que arde sin consumirse y luz que no se apaga»⁷; de ahí que la existencia acogida por el Ser sea alegría. Vasconcelos explica el instinto que nos lleva a buscar la perennidad del goce por el hecho de que éste es indicio o señal de la beatitud de lo perfecto, en reposo de plenitud

4 Vasconcelos, 'Filosofía Estética', ed. cit., pp. 842-43.

5 Vasconcelos, 'Tratado de Metafísica', ed. cit., p. 444.

6 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 438 y ss. Cf. también: 'Filosofía Estética', ed. cit., pp. 950-51.

7 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, pp. 911-12.

radicalmente distinto de la inercia desintegradora y mortal. En nuestra existencia temporal, la cesación de movimiento de lo imperfecto nos angustia a pesar de nuestro vehemente anhelo de reposo, o mejor, a causa precisamente de él, porque «...sentimos que la criatura esta obligada a seguir sin descanso hasta su fuente. La parte ha de estar siempre inquieta mientras no acaba de evolver en el todo (...); toda la creación ansía el reposo, pero sólo en el devenir se realiza porque sólo en el tránsito está su esperanza»⁸.

Conviene subrayar aquí que el movimiento-reposo de la realidad trascendente, que Vasconcelos ha llamado Creadora, no depende de ninguna manera del movimiento-devenir de lo imperfecto; la misma realidad latente e increada mencionada más arriba, en cuyo seno se gesta el proceso de la materia y de sus sucesivas revulsiones, no debería ser confundida con el ser absoluto. Esa fuerza latente que por emanación o influencia de un primer móvil se vierte como fluido del Devenir no es Dios, según la visión panteísta; más aún, el primer móvil que suscitaría la revulsión originaria, no sería, según Vasconcelos, sino «...una de las más poderosas manifestaciones de Dios: la forma emanente, el Brahma Creador, no el Brahma absoluto»⁹.

Dejando este pasaje que Vasconcelos no aclara mayormente, y antes de pasar a analizar brevemente la significación del movimiento dentro de la antropología vasconceliana, conviene recalcar dos aspectos esenciales contenidos en lo expuesto hasta aquí:

a) El ser, que no se reduce al mundo visible accesible a la razón, es movimiento; el movimiento inefable de lo perfecto, dinamismo estático, constituye el origen y fin del movimiento de lo imperfecto.

b) La noción de movimiento, referida al movimiento del Devenir, resulta incomprensible sin referencia a la finalidad, vislumbrable únicamente por medio de la Revelación. La Existencia, que es sinónimo de Acción, concurre a su propia superación a través de una serie de revulsiones energéticas que debería culminar en la transustanciación o integración de lo provisional en lo duradero.

2. LA EXISTENCIA COMO MOVIMIENTO TELEOLÓGICO: EL SER HUMANO

La revulsión que se opera en el universo biológico y que desemboca en el advenimiento de la conciencia, constituye al mismo tiempo un anuncio de redención universal. Con la conciencia aparece en el mundo el propósito o finalidad; por primera vez, el movimiento parece desprenderse de sí mismo, planteándose su para qué. Durante el largo período físico, el impulso energético se mueve, por decirlo así, a ciegas, caóticamente, como repetición y, sometido a la entropía, inclusive como desintegración; posteriormente, durante el período vital, el impulso se hace instinto de desarrollo, que no más sabe de crecimiento; finalmente, con la aparición del hombre la oscura fuerza vital, y con ella todo el

⁸ Vasconcelos, 'Tratado de Metafísica', ed. cit., p. 445.

⁹ Vasconcelos, *Ibid.*, p. 446.

impulso de la Creación, tiende a aclararse y a liberarse: en la ética, por ejemplo, el hombre busca fines que no están necesariamente contenidos en el ambiente biológico; la «voluntad presente, exige que el crecimiento se dirija a propósitos»¹⁰, es decir, que se resuelva en expresiones de redención, haciendo que las acciones todas se dirijan a fines y «...aparte de los fines concretos, hay el fin último, que es la dicha, o lo que es lo mismo, Dios»¹¹; el acto, pues, supone finalidad o, si se prefiere, conciencia de un destino¹².

La aparición de la conciencia en el mundo es aparición de una nueva modalidad del movimiento. La conciencia vasconceliana es esencialmente dinámica y desempeña una función unificadora de la realidad. En ésta todo es uno y vario, unidad y pluralidad; en la existencia lo múltiple se despliega en un esfuerzo constructivo en el cual los elementos heterogéneos se reúnen para formar una nueva unidad —así los átomos formando las moléculas y las células el organismo—; no obstante, a pesar de que este esfuerzo unificador se enfrenta a la tendencia a la desintegración y dispersión que padece el Universo —principio de la entropía—, esta unificación, reducida al indefinido ciclo integración/desintegración o vida/muerte, no sería más que acto repetición —que se identifica con la inercia—¹³. Pero la aparición de la conciencia viene a redimir, en cierto sentido, al mundo de la mortal inercia: integrando las percepciones del exterior en una conducta e inquiriendo hacia dónde va, la conciencia efectúa un «tipo especial de acción, unificación para la acción»¹⁴ y engendra una actividad de orden trascendente: la metafísica, entendida como «sistema de conocimiento de las partes o sea los seres que integran una zona de existencia; las relaciones que ligan entre sí las partes, los fines particulares de cada uno y lo meta común de los distintos grupos, todo con el fin de alcanzar la comprensión del todo»¹⁵. La conciencia es pues un acto vivo de coordinación de los heterogéneos que forman el conocimiento (sentidos, inteligencia, voluntad, sentimiento), constituyente de un nuevo tipo de unidad que es orientación hacia un propósito final. Distinta y opuesta a la repetición/inercia, la conciencia es movimiento orientado hacia un fin que la trasciende, es decir, es aparición de sentido. Coordinando armónicamente los contrarios, la conciencia, bajo ciertas condiciones, les da sentido y se da sentido. Según otra definición vasconceliana, «la conciencia es el acto coordinador supremo que nos permite contemplar nuestra acción y enlazarla por la inteligencia, por la sensibilidad y por la armonía, con los demás hechos y seres de la existencia»¹⁶.

Esta función unificadora de la conciencia revela su relación privilegiada con el ser Absoluto y su parentesco con él. La conciencia es dadora de sentido en cuanto corresponde con el Sentido; esto es, no

10 Vasconcelos, 'Ética', en *Obras Completas*, tomo III, ed. cit., p. 766.

11 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 767.

12 Vasconcelos, *Ibid.*, pp. 775 y 784-85.

13 Vasconcelos, *Tratado de Metafísica*, ed. cit., p. 525.

14 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, ed. cit., p. 837.

15 Vasconcelos, *Ibid.*

16 Vasconcelos, *Ibid.*, pp. 828-29.

otorga sentido sino en la medida en que se le ha otorgado sentido. El hombre puede convertir la energía en belleza y amor, porque «...todavía no estamos en Dios»¹⁷; sólo nuestra participación en la naturaleza divina hace posible este sentimiento.

Esta participación se expresa igualmente en el hecho de que el movimiento de la conciencia se asemeja en cierta manera al dinamismo estático del ser trascendente. En efecto, mientras todo el ser del átomo y de la célula esta entregado al movimiento, la conciencia tiene la ventaja de poseer un «...punto de cruzamiento y de síntesis en el cual el movimiento hace pausas. Recapacita y el punto de reposo así creado se convierte en seguida en centro propulsor de ondulaciones nuevas, de tal suerte que de su reposo sale vida (...). Nuestra más íntima realidad no es tendencia: es esencia o lo que es lo mismo, comienzo de divinidad y naturaleza que está fuera de la ley del movimiento»¹⁸. De aquí la definición que da Vasconcelos de la calidad, como resultante de un cruzamiento de corrientes diversas, acompañada de la estimación del propósito de cada una. La filosofía de Vasconcelos, filosofía de la coordinación, es por ello mismo una filosofía de la calidad; en ella el hombre aparece provisto de la singular misión de introducir valores de relación y simpatía entre las distintas fuerzas y corrientes del universo, orientándolas hacia un sentido general y común.

De aquí se comprende que en la epistemología vasconceliana, el conocimiento es entendido como acción, opuesto al conocimiento lógico-analítico que, disociando los diversos elementos constitutivos del todo existencial y organizándolos en un orden jerárquico encabezado por la razón, no consigue otra cosa que disecar y empobrecer la realidad, reduciéndola a la identidad. Pero «...la realidad que palpo con las varias antenas de los sentidos ordinarios y con otras más que me nacen de mi profundidad es una realidad que incluye el mundo y lo desborda»¹⁹. El ser es incognoscible y escapa al análisis, tanto el ser absoluto como el ser a nuestro nivel, porque ningún conocer puede abarcarlo; el ser «engendra conocimiento, pero no se deja convertir a ninguna de las modalidades del instrumento que ha elaborado»²⁰. El verdadero conocimiento es participación en lo pensado, posible únicamente cuando se establece un parentesco emotivo que transfigura la sustancia revelando la reunión de los heterogéneos en torno a un común propósito, sin sacrificar la irreductibilidad de las individualidades en movimiento. El conocimiento vasconceliano es emoción, es decir, aquello que nos hace movernos hacia el objeto no como algo inerte y exterior sino como aquello con lo cual nos encontramos en convivencia y participación en vistas a un fin supremo y común; la emoción es descubrimiento del mundo como *res significans*, es decir, de la existencia como existencia provista de sentido²¹. La intuición de la totalidad —a la cual aspira vehementemente todo el pensar vasconceliano— se opera en la emoción como ética —emoción que

17 Vasconcelos, *Tratado de Metafísica*, ed. cit., p. 460.

18 Vasconcelos, *Tratado de Metafísica*, ed. cit., p. 452.

19 Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., p. 702.

20 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 703.

21 Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., pp. 868 y ss.

se descubre como orientada hacia fines trascendentes— y como estética —emoción que se limita a ser con alegría—²².

3. MOVIMIENTO DESTINAL Y TIEMPO DE SALVACION

Más el goce que puede disfrutar la conciencia por su esencia misma y por su apertura y parentesco con el ser trascendente puede encerrar el peligro supremo: el peligro de que este comienzo de divinidad se considere la divinidad misma, o de que lo que apenas es un vislumbre de Dios se tome por Dios, quedándose absorto en sí mismo²³, fallando de esta manera a su misión orientadora y preparadora a la reintegración de lo creado en el Creador y dañando el impulso creador que anima nuestro Universo. «...ocasiona resultados diabólicos cualquier intento de tomar una de las temporalidades de la corriente como el fin de la corriente»²⁴.

Dentro de este contexto se entiende la visión vasconceliana del mal y su concepción de la ética como movimiento-esfuerzo de salvación. Hemos visto que el movimiento ascendente del ser en devenir no se efectúa sin tensión ni conflicto; para Vasconcelos, el Universo entero está librando un formidable combate contra la entropía²⁵. En forma análoga, el hombre se encuentra en tensión, desgarrado entre la tentación de la inercia —principio de desintegración y nihilización— y la esperanza y pasión de redención; entre la ilusión de un mundo que, bajo la apariencia de plenitud corpórea, se revela inconsistente y condenado a la nada, y el ardiente deseo de acceder a la verdad; entre la idolatría y el amor a la divinidad.

El mal, que consistiría en un «apartarse de la corriente dinámica que conduce a lo absoluto, para seguir vías desviadas, directivas particulares»²⁶, existirá mientras exista el hombre. En efecto, debido a la situación intermedia que ocupa el hombre entre la materia y el espíritu —visión antropológica que no deja de evocarnos a Teilhard de Chardin—, el mal no podría resolverse en términos humanos: su superación no es otra cosa que la superación de lo humano o, si se prefiere, la regeneración o transfiguración de lo humano. Haciendo referencia a un pasaje bíblico, Vasconcelos sostiene que lo torcido puede enderezarse siempre y cuando cambie de naturaleza la sustancia misma de lo que se tuerce y se endereza. Precizando aún más su concepción del mal y del pecado, Vasconcelos anota que la subordinación de los imperativos éticoestéticos o del llamado a la superación de lo simplemente natural a los fines estrictamente mundanos equivale a un retroceso cósmico; el pecado es la rebelión maléfica del hombre contra el cometido trascendente, muy distinta de aquella otra rebelión que, ejerciéndose contra la pretensión totalitaria de lo corpóreo a serlo todo, es cumplimiento del Destino²⁷.

22 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 738.

23 Vasconcelos, *Tratado de Metafísica*, ed. cit., p. 452.

24 Vasconcelos, *Ética*, p. 832.

25 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, pp. 836 y ss.; 902 y ss.

26 Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., p. 816.

27 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 812 y ss.

Para Vasconcelos, hay algo profundamente dañado en las entrañas del hombre. Destinado originariamente a participar en el movimiento salvífico de la creación, el hombre, por alguna razón inexplicable, se ha entregado a la tarea inversa: la de romper la armonía, obstaculizar el avance de la corriente dinámica hacia formas superiores de existencia. «El fruto humano viene del árbol enfermo. El milagro es que en tantos siglos de miseria no hayamos acabado por devorarnos»²⁸. Más aún, Vasconcelos sostiene que es el hombre el responsable del desquiciamiento general²⁹.

Algunos podrían pensar que la visión vasconceliana del hombre es excesivamente pesimista y, en consecuencia, condenaría por adelantado todo esfuerzo humano. En realidad, una lectura más atenta de la obra del filósofo mexicano nos demostraría precisamente lo contrario. Porque lo que sí condena efectivamente el esfuerzo humano a la inercia de la repetición, cuando no lo anula o simplemente, es aquella visión que, divinizando al hombre, le atribuye poderes ilimitados de conocimiento y de transformación; así, cuando la ilusión se desvanece tras la rebelión de los sucesos, no le queda al hombre otra salida que el nihilismo o el suicidio. En realidad, el verdadero pesimismo, pesimismo sombrío, es el de aquellos que toman en serio la apariencia del mundo; Vasconcelos opone un pesimismo heroico, consistente en una distanciamiento o negación del mundo en favor de una liberación auténtica, única manera de vencer el mal³⁰; aquel que descubre la vanidad de los reinos de la tierra es el gran anarquista cuyo amor consiste en contagiar a sus semejantes de pasión trascendente optimista³¹.

El mal está pues en todo humanismo. «El único pecado es creer en el hombre, venerar al hombre, complacerse en el hombre. El bien es negarlo, vencerlo, superarlo (...). ¡Ay del que se da por entero a la tarea de hacerle morada a lo efímero!»³². El reconocimiento lúcido de los límites de lo humano se acompaña, en Vasconcelos, del reconocimiento de una verdad fundamental, a saber, que el hombre no puede salvarse solo. El esfuerzo del hombre necesita del auxilio de fuerzas mayores, del apoyo de la realidad invisible. Y de esta realidad divina fluye permanentemente la gracia: Dios está en todas partes y en ninguna; si no sentimos su presencia es porque nuestra sensibilidad profunda se halla atrofiada: comunicar con Dios «es cuestión de elemental sensibilidad y cosa del sentido propio del espíritu»³³. Este conocimiento de Dios, posible únicamente mediante el conocer total que es la emoción, es condición de posibilidad de la ética y de la estética, que no se entenderían sin

28 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 795.

29 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, ed. cit., p. 840. Maravillado por el espectáculo de la naturaleza en sus viajes por la América del Sur, Vasconcelos afirma en *La Raza Cósmica*: «Saliendo de la esfera del hombre, todo es en la Creación hermoso. El hombre es el único pecado, por lo menos el único yerro, la única esencia incompleta y necesitada de redención. La fuerza que asciende se equivocó al formarnos, a menos que sólo seamos un tránsito». *La Raza Cósmica* (Madrid 1967) p. 137.

30 Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., p. 821.

31 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 834.

32 Vasconcelos, *Ibid.*

33 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 750.

una visión inmediata de lo divino o percepción de una presencia sobrenatural³⁴; sólo la inteligencia del motivo último puede dar una norma ética; sólo la «iluminación esteticomística» puede fundar los valores éticos regeneradores. La moral no puede ser fundada por el sólo conocer racional porque ella es, según las palabras de San Agustín citadas por Vasconcelos, *ordo amoris*: «la moral es cosa de sentido»³⁵. La insensibilidad moral se debe pues a la obtusión e incomunicación con la fuente divina, de tal manera que el hombre amoral es un enfermo, cegado por el golpe de la caída³⁶;

El movimiento propio de lo humano se puede pues caracterizar como rebelión del espíritu o lucha contra las oscuras fuerzas que pugnan por arrastrarnos al abismo; en Vasconcelos, la condena infernal no es otra que la disolución en la nada. La salvación es victoria del destino de liberación que, desde siempre, espera su realización a través de la misteriosa fuerza creadora que nos mueve por dentro y de la cual somos expresión³⁷. El movimiento propio del hombre es pues movimiento destinal, concebido como movimiento de superación de lo humano.

El tiempo cobra así una nueva significación. Muy distinto del tiempo dimensión cuantitativa o categoría lógica, el tiempo como función de un destino —tiempo calidad— es el tiempo salvado. Porque el Destino —Vasconcelos observa que este término, frecuente en el mundo de los poetas, se ha ido olvidando en el de los filósofos— no es otra cosa que sustancia con sentido; su material, indestructible, es la *res significans*; el destino es cumplimiento de la obra de transmutación liberadora de la materia, es decir, inserción de lo existente en un ritmo que nos trasciende. El tiempo sin destino sería pura sucesión y dispersión del obrar humano; la significación auténtica del tiempo es pues espiritual: «el tiempo es calidad en proceso, con irreversibilidad, con sentido de construcción y salvación»³⁸. El destino es transfiguración del tiempo-sucesión en tiempo-simultaneidad, es decir, en eternidad de gozo de la totalidad armónica que el Destino acoge en su seno. El tiempo destinal es tiempo de tarea y esfuerzo.

La caída del hombre —que arrastró consigo a toda la creación— no es pues definitiva; el verdadero destino del hombre no es el mal. El Amor se encarnó en la persona de Cristo para realizar, por su intermedio, la tarea cósmica de reintegrar la existencia a su gloria primitiva³⁹. Nuestra existencia temporal, medio en el que luchan incesantemente los destinos, se ve iluminada por el mensaje de salvación del Redentor y Fin de la Historia.

Así, en el Evangelio se realiza la regeneración o transfiguración salvadora de la oscura corriente vital: Cristo es transmutador de la ener-

34 Vasconcelos, *Ética*, p. 785 y ss. Cf. también p. 717 y 778.

35 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 801.

36 Vasconcelos, *Ibid.*, pp. 779 y 836.

37 Vasconcelos, *Ibid.*, pp. 831 y ss.

38 Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., p. 898. Cf.; también p. 871 y ss., p. 698 y *Tratado de Metafísica*, p. 462.

39 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, ed. cit., pp. 844-48.

gía cósmica⁴⁰. Se comprende pues que lo específico del cristianismo sea el esfuerzo creador o, como dice Vasconcelos, «el combate contra el mundo»⁴¹ para llevar la vida a expresiones superiores. Opuesto a la mediocridad adormecedora de las éticas terrestres, es decir, de aquellas que no buscan otra cosa que el bienestar terreno, entendido normalmente como dominio del mundo, el cristianismo viene a sembrar la inquietud, esto es, a reactivar el movimiento vital; el propósito regenerador del cristianismo viene inscrito en el pasaje evangélico que Vasconcelos menciona: «Traigo guerra y no la paz»⁴². A diferencia de la virtud clásica, en el cristianismo la virtud se vuelve activa; su acción es en cierto sentido comparable a la del Quijote, que, sin medir los riesgos, no tiene cuenta sino de la justicia de la intención. El quijotismo «...es de esencia cristiana más pura seguramente que la no resistencia absoluta, en la que veo contagios de nihilismo, de abandono budista. El cristiano repugna cruzarse de brazos, por lo mismo que su doctrina de salvación es activa»⁴³.

Mas la «disposición amante» que constituye la esencia del cristianismo imprime a su acción un sello particular. La acción transformadora del cristiano, comprendida como movimiento destinal de salvación, no puede ser la misma que la que se desprende de las éticas terrestres. Siendo así que estas últimas subordinan la conducta a los fines de la tierra, sus medios de acción no pueden ser los mismos que los de la ética revelada, que busca precisamente sobrepasar los fines humanos. El adoctrinamiento forzado o «proselitismo por la espada», por ejemplo, es un procedimiento de Césares que, empleado por el cristiano, no conseguiría otra cosa que su propia destrucción: «Una Iglesia imperial es el antecedente seguro de una iglesia corrompida»⁴⁴. El medio de transformación del cristiano no puede ser otro que su propio fin: el amor, caridad o «Eros evangélico», ley final de la existencia⁴⁵. Y el perdón —esa misteriosa realización del amor que nos asemeja a la divinidad y que sólo es posible en razón de esta semejanza— no debe en ningún momento significar renuncia o aceptación frente al mundo vigente. La concepción vasconceliana del perdón —que presenta en realidad algunos puntos oscuros que no es del caso abordar aquí— interpreta este insólito acto como expresión de verdadera majestad, la majestad del oprimido que, perdonando, se hace juez de sus jueces⁴⁶.

A la luz de las consideraciones anteriores se entiende pues que la rebelión del cristiano contra la inercia que corroee la sustancia corruptible —especie de rebelión ontológica— es fundamento de su esencial rebelión contra todos los poderes temporales. Así, por el hecho de situar su compromiso con lo eterno, es decir, con su propia conciencia, por encima

40 Vasconcelos, *Ética*, p. 807.

41 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 973.

42 Vasconcelos, *Ética*, p. 902. Cf. *Mat.*, 10 34-36.

43 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 824.

44 Vasconcelos, *Ibid.*, p. 820. Y: «...es necesario que el clérigo olvide un poco el anatema y recuerde la caridad», p. 850.

45 Vasconcelos, *Filosofía Estética*, ed. cit., p. 825.

46 Vasconcelos, *Ética*, p. 813. Cf. también p. 825 y ss.

de cualquier compromiso con el poder temporal —imperios, patrias, razas y culturas, sistemas de gobierno o sistemas económicos—, el hombre moral u hombre de religión está expuesto a persecuciones. Porque «...por practicar este criterio fueron entregados a las fieras los cristianos, y no tienen otro remedio los imperios que procurar el aniquilamiento de quienes han venido para minarlos y destruirlos. A su vez, el hombre de dignidad no tiene otro deber que destruir imperios o regímenes si a ello le obliga el ser fiel consigo mismo; antes que con la patria, la sociedad y el imperio»⁴⁷. El hombre religioso, apasionado de Dios, no puede menos de ser un «gran anarquista», destructor de los castillos del interés humano. Su rebelión, dirigida al Absoluto, es absoluta: la consigna del espíritu heroicamente renovado es: «lo absoluto o nada», cualquier transacción sería sucia e innoble; de ahí que la rebelión del cristianismo no puede ser «política» en el sentido moderno del término.

Digamos por último que la concepción de Vasconcelos de la rebelión regeneradora como rebelión del espíritu puede constituir un aporte fundamental para abordar la tarea de resolver el drama que vive nuestra época. Preocupado por la situación de las naciones hispanoamericanas, corroidas por la corrupción y explotadas inmisericordemente por el poderoso vecino norteamericano, Vasconcelos propuso claramente un camino de liberación original: el negarse a rendir culto al Imperio, el no aceptar la «religión» imperial que no es otra cosa que idolatría de lo temporal y del poder. Apoyándose en la frase evangélica: «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»⁴⁸, y citando diversas referencias históricas, Vasconcelos recuerda que la victoria del conquistador poderoso es ilusoria —todos los imperios han de caer— y que lo mejor del progreso humano está hecho de resistencia al éxito temporal; para herir de muerte la idea imperial, «debemos empezar por rescatar el espíritu». Así, la nación iberoamericana, por su misma situación de opresión —puesto que la sabiduría espiritual resulta incompatible con el poderío y la obsesión imperial—, reúne ciertas condiciones que favorecerían la eclosión en su seno, y a partir de su tradición cristiana, de una humanidad regenerada, la raza cósmica.

La disyuntiva vasconceliana sigue interpelando nuestra época y nuestra América sacudida por el horror: o patrias irredentas cuyas espaldas sin alma azota cada nuevo conquistador, o siervos temporales según el cuerpo, pero dueños del fuego prometeico, tesoro de espíritu engendrador del porvenir; si este último camino se cumple, «ya podemos sonreír, porque contamos con el instrumento que derrota a los Imperios»⁴⁹.

ALFREDO GOMEZ MULLER

⁴⁷ Vasconcelos, *Ética*, ed. cit., p. 801.

⁴⁸ Vasconcelos, *Ibid.*, pp. 678-79. Cf. Lc 20 20-26.

⁴⁹ Vasconcelos, *Ibid.*, p. 684.